

LA SINCERIDAD

POR SANTIAGO AIZARNA



Si, como sabemos, hay dos maneras de vivir, pero solo una de ellas nos vale, es necesaria la sinceridad. Encajonemos para ello a nuestro yo frente a su juez, nuestra conciencia: ¿qué nos queda?, ¿cómo podremos respondernos con esa mentira que prestamos a los otros? Y, sin embargo, yo debiera decir que no creo en la sinceridad, y sería sincero diciéndolo.

Un hombre frente a sí mismo anula toda posible escapatoria. Cuando sobornamos a otros nunca dejamos de sobornarnos a nosotros mismos, pero ¿qué ocurrirá cuando el sobornador a sí mismo es al propio tiempo sobornado y sobornador, como siempre ocurre, y cuando este sobornador-sobornado se encuentre frente a sí mismo?

Hay una prueba extraordinariamente difícil para la conciencia humana: la del espejo. A cualquier hombre, aun al pagado de sí mismo, hágasele mirar frente a frente a un espejo. Difícil nos sería tropezarnos con un test más completo. El tiempo de nuestra propia contemplación, nuestras posibilidades de permanencia, indicarán innegables aspectos de nuestra psicología, y si este baremo nos da cantidades muy aproximadas de vanidad, también nos dará, en otra proporción, cantidades casi justas de inteligencia y de sinceridad.

Pero siempre la sinceridad es un camino peligroso. He dicho que debiera decir que no creo en la sinceridad, y que sería sincero diciéndolo. No es paradoja. Porque yo creo que la sinceridad es esa cosa que no existe y que nosotros creemos que existe, por lo menos, en nosotros mismos. Es un fenómeno curioso. Aun aquel que, a sabiendas, se engaña a sí mismo, no deja de creer en ese mismo momento en su sinceridad íntima, en la verdad de su subjetivismo, en su yo auténtico. Y, sin embargo, no sería difícil demostrar que ni siquiera su yo existe, por lo menos como él lo ve, ya que lo que creemos ser es muy distinto a lo que somos, y que lo que es, ni él ni nadie sería capaz de sospechar.

Y aquí podría encajar, un poco a manera de divagación, aquella teoría de Oliver Wendell Holmes, traída más tarde por Unamuno en su prólogo a *Tres novelas ejemplares*, y que se refiere no sólo a la posibilidad, sino a la realidad de que, cuando conversan dos, X e Y, hay seis personajes en conversación. Es decir, que nunca la realidad anímica del hombre es unidimensional, sino, al menos, tridimensional, ya que aún nos quedamos cortos en esta apreciación. Y volviendo a incidir ahora, otra vez, en nuestro tema, la pregunta se hace simple y fundamental: si yo creo ser sincero en lo que creo ser, ¿lo seré también en lo que soy?, ¿lo seré asimismo en lo que creen los otros que soy?

Es evidente que, primero, necesitaría creer en mi realidad, o en mi existencia auténtica, para creer en mi sinceridad. Si yo no sé todavía—como podría asegurarse que no lo sabe nadie—lo que soy y lo que creen los otros que soy, y tengo una vaga idea de lo que creo ser, y aún más, hay matices perdidos en la personalidad, tales como lo que quiero ser, lo que quiero no ser, lo que no quiero ser y lo que no quiero no ser, como también apunta Unamuno, y hay también problemas más complejos y profundos, como el querer ser, y el querer no ser, ya que toda mi proyección se dirige desde el campo vitalista, desde la voluntad, y no desde la noluntad, y no es lo mismo «querer no ser» y «no querer ser», y cuando cada una de estas, no conjeturas, sino realidades, pero tampoco realidades aparentes, sino realidades existenciales, más bien, personalidades, apunta un nuevo matiz introspectivo, ¿cómo puedo creer en la ilusa, en la necia, en la simplista sinceridad?

Intentemos la prueba. Es fácil tomar una cuartilla blanca y un lápiz. Antes hemos debido crear la soledad. Enfrentados a nuestra propia alma, intentemos depositar sobre la blanca cuartilla nuestro secreto. Pronto caeremos no en su dificultad, sí en su imposibilidad. Coincidiremos inmediatamente en afirmar que aquello que hemos depositado sobre la cuartilla no es lo que queríamos y debíamos haber depositado, y que esto que debíamos haber depositado no sabemos lo que es. En suma, con esta

tentativa no habremos hecho otra cosa que enfrentarnos con los dos pavorosos problemas que acechan al ser humano y que en nada favorecen la posible existencia de la sinceridad: el problema hombre-isla y el de la impotencia del lenguaje.

Esto es evidente. En cualquier momento, cuando estoy intentando expresar mi pensamiento, me doy perfecta cuenta de mi falsedad no buscada, pero no por ello menos falsa. Me digo de qué manera no he dicho lo que quería y no he podido decir. A veces me doy cuenta de que mi dialogante ha entendido lo que no he dicho y sí quería decir. Entonces veo que se abre una fisura en la monolítica conformación de mi yo-hombre-isla. Pero las más, es una vana ilusión que me he forjado. Es fácil creer que la adivinación del pensamiento es factible. No es tan fácil que lo sea. A veces en el hondón de unos ojos vemos aquella verdad intuída. Pero difícilmente llegaremos nunca a confesar a los otros, también a nosotros mismos, lo que en verdad perseguimos con la confesión. El problema del hombre-isla se convierte así en un aterrador problema. Ni la persona más querida, la que más sabe de nosotros es capaz de intuir ligeramente nuestra profundidad. Nunca podrá saber hasta dónde seremos capaces de llegar en el bien y en el mal. La frontera de cada hombre se hace así invulnerable. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con la sinceridad? Muchísimo. Demuestra, simplemente, que la sinceridad es imposible.

La impotencia del lenguaje es otro problema. Pero en cierto modo unido al primero. Si el hombre fuese capaz de confesar lo que es, lo que siente, lo que quiere, tendría que vérselas con esta impotencia del lenguaje como el problema fundamental. No siendo así, el problema del hombre-isla es el fundamental. Sucede, solamente, que esta impotencia del lenguaje no hace otra cosa que obscurecer nuestro ya oscuro pensamiento.

Es de esta forma como se explica la imposible existencia de la sinceridad en el estrato más profundo de nuestro ser hombres. Pero no es a este estrato más íntimo, más profundo al que se refiere, generalmente, cuando nos referimos a la sinceridad. Más bien al punto en donde el engaño, el fraude, la hipocresía, son causas buscadas, no solamente dadas en función de una inconsciencia, una impotencia o una manera de ser. Y en este punto sí que cabe no sólo afirmar, sino revalidar a la sinceridad como necesaria.

Difícil, sí. Y peligrosa. Y ardua. Pero necesaria. Sin la sinceridad, enfocada ahora ya desde premisas no tan hondas, sí más corticales, se diluye la esencia más íntima de la hombría. Que es su individualidad. Que es su libertad. Y que nace todo ello de su sinceridad. Ningún hombre es libre si no se es sincero consigo mismo. La libertad—hablo de la libertad interna—no es algo que nos tienen que dar, sino algo que nos tenemos que dar. La sinceridad es su llave. Sin la sinceridad nadie podrá sentirse libre. Navegaré entre informes algodonosas nubes de autosoborno.

Esto, la sinceridad ante sí mismo. ¿Y la sinceridad ante los otros? El ser sincero ante sí mismo y no ante los otros es un problema de cobardía, de convivencia. Cuando se quiere decir «muera» y se dice «viva» estamos ante la cobardía, ante el interés, ante nuestro sucio pellejo que es preciso defender. Eufemísticamente hablando: problemas de convivencia.

Pero todo el problema de la convivencia se reduce a una calle, a caminar por una calle. Si por esta calle camina el camión de

las mudanzas con nuestros pobres avíos personales, y nada veda su contemplación a los vecinos, cada mirada viola nuestra intimidad. Pero si en vez del camión de las mudanzas somos nosotros mismos los que caminamos y nos amanece por sobre los hombros la molesta maleza de nuestras ideas, entonces a la vergüenza hay que añadir la peligrosidad, pues si en verdad nunca es el hombre más fuerte que cuando muestra abiertamente su ideario, nunca tampoco es más vulnerable.

Imaginemos una calle. Una calle abierta. Con luz de día. Con luz de curiosidad amaneciendo en los ojos vecinos. Y el hombre, este hombre del vivir cotidiano, este hombre antihéroe y heroico al mismo tiempo—pues difícilmente se podrá dar nunca un hombre que no sea al mismo tiempo las dos cosas—, va por la calle saludando a los vecinos. En este hecho vive la agonía más extremosa del hombre. En su ser social—necesidad y servidumbre—se larva su cobardía diaria. La cara de Pedro, de Juan, de Jaime nos acechan en la calle, en la acera. Entonces componemos el gesto. Usamos la máscara. Sonreímos cuando maldecimos. Untamos con barniz de dureza la ternura. Y la calle no termina. Nunca termina nuestra calle particular, que se va prolongando al compás de nuestros pasos. Y nuevas caras que nos exigen nuevos gestos, nuevas falsedades, nuevas cobardías.

«Pero tú lo dijiste... Es preciso vivir... Es preciso convivir...»
Cierto. Pero, ¿qué es vivir? ¿No será, acaso, que esa manera de vivir sea un poco morir en nuestra propia conciencia?

Vivir, convivir, es difícil. De acuerdo. Pero estoy convencido de que no basta, de que hay que forzar la situación. Pasar de la pasiva a la activa, de violados a violadores. Vivir debe ser no dejar vivir. Ir gritando a la cara de las gentes su poltronería, su comodidad, su falta de inquietudes, su vegetar bostezado de animalia. Siempre he defendido la transigencia como suma virtud humana. Sin embargo, hay momentos en que un grito de rebeldía se me estrella en la quilla del pecho. Y clamo por la intransigencia como virtud. Grito para que alguien invente algo que les saque de la modorra, que les sacuda a estos pobres imbéciles que nos rodean, y que nacieron porque sí, y ya nunca más supieron otra cosa que vegetar, es decir, alimentarse, reproducirse y morir. Ser sincero consigo mismo ya no basta. Es preciso proyectar este peso, esta gravidez de molestia sobre los demás. Es preciso que algo vibre en ellos. Que sean hombres y no piedras. Y esta sublime virtud de la transigencia, la más alta en la escala humana, puede parecer blandura en este terreno.

Cuando la sinceridad exige gritos de protesta no se será sincero callándolos. Y muchas veces, todas las veces, nos exigirá ir con bandera alzada contra la comodidad atrincherada. Ser responsables de nuestra propia hombría lo exigirá. Porque la hombría se afianza en terrenos de soledad desnuda, en esa áspera soledad que consiste en no estar ni siquiera consigo mismo. Si no se es capaz de llegar a esto nos atacará en el camino, quizás el más vano, el más sutil enemigo: el componer nuestro gesto ante los demás. Algo que algunos llaman vanidad; otros, afectación; de verdad, tontería.

El caminar por la calle, es decir, por la vida, con la sinceridad por delante, será siempre, para quien así no lo sienta de verdad, empresa ardua. Pero en último caso se tratará solamente de un problema de elección. O vivir o vegetar. Escoja cada cual lo que le conviniere.